

vestirle de terciopelo y le dio lo necesario para su subsistencia. Pero en realidad, el mestizo llevaba una carta secreta para Diego Méndez —uno de los siete españoles protegidos— en la que se le invitaba a unirse a la conspiración fraguada en dicha ciudad, para matar a Manco. Aceptó Méndez y al comunicárselo a los restantes españoles allí refugiados, también éstos se adhirieron al plan.

Mientras tanto, el monarca sublevado, en su enorme deseo de acabar con los extranjeros afincados en Cusco, llamó a solas al mestizo y le interrogó sobre el número de hombres y caballos existentes en la ciudad, y también el nombre de quién la mandaba; le respondió que sólo se encontraban unos cincuenta, sin caballos, porque todos los tenía Gonzalo, el menor de los Pizarro, que se había sublevado en contra de la corona española por defender los derechos de los encomenderos, a raíz de la publicación de las Leyes Nuevas en Perú; así pues la gente se hallaba descuidada y tranquila.

Al oír aquellas explicaciones, Manco pensó que era un momento propicio para atacarles, coger un fuerte botín y llevarse a las mujeres peninsulares. Sus capitanes aceptaron de buen grado la empresa; por ello, se prepararon y partieron todos menos sesenta indios, entre los cuales sólo quedaron diez flecheros. Según Betanzos, después de haber salido los capitanes y soldados, Diego Méndez invitó al inca a jugar al serrón; al no querer participar, le pidió que actuase como juez; antes de empezar, el inca habló con un mensajero de su ejército y justamente en el momento en que volvió la cabeza hacia él, todos los españoles se le abalanzaron, y uno, Gómez Pérez, sacó su daga y le asestó una puñalada en el pecho. Ante el inesperado ataque, Manco le tiró una manta a los ojos y lo mismo hicieron los dos señores que le acompañaban; sin embargo, Gómez tuvo tiempo de darle otra puñalada, tras la cual el inca cayó al suelo. Los agresores huyeron, pensando que estaba muerto. No fue así, pero únicamente vivió tres días más. Era el año de 1544.

Dejó Manco al morir tres hijos: Sayri Tupac, legítimo; Tito Cusi Yupanqui, ilegítimo, y Tupac Amaru, legítimo. Correspondió el trono vilcabambino, por ser el primogénito, a Sayri Tupac. Como sólo contaba unos diez años, un tío, que había sido capitán de Huayna Capac y del mismo Manco, asumió la regencia continuando con la misma política de ataques y robos en las ciudades de la Sierra.

Ahora bien: desde fechas muy tempranas, la corona española había iniciado conversaciones para sacar de paz al Inca alzado en Vilcabamba. Ya en 1542, el gobernador Vaca de Castro envió tres embajadores a Manco para negociar, mas no se llegó a ningún acuerdo. Según Betanzos, el monarca pensaba reanudarlas con el virrey recién llegado, Blasco Núñez

de Vela, que substituyó al gobernador, pero no pudo ser por el rápido prendimiento y destierro de éste, llevado a cabo por el bando pizarrista, que como se ha dicho, se hallaba sublevado bajo las órdenes de Gonzalo.

También el presidente Gasca intentó conseguir acuerdos, cuando terminada la revuelta de los encomenderos en la batalla de Xaquixahuana, envió a Vilcabamba a Paullu, un hermano de Manco, que había aglutinado en torno a sí a los escasos supervivientes de las panacas cusqueñas del Urin, aún enfrentadas con las del Hanan. Desgraciadamente, el príncipe enfermó en el camino y tuvo que regresar al Cusco, donde murió en 1549; y desde esta fecha hasta el año de 1555, las negociaciones quedaron interrumpidas por diferentes acontecimientos políticos ocurridos en el naciente Perú.

Fue el virrey marqués de Cañete quien las reinició en cumplimiento de una Real Cédula del emperador Carlos, a través de una comisión, en la que participó el cronista Juan de Betanzos; y aunque en ese momento no se alcanzó la salida de Sayri Tupac, se aceptó que algunos de sus súbditos se desplazasen a la ciudad de Lima para tratar directamente con el virrey. Después de varios días de entrevistas, el marqués de Cañete le concedió diecisiete mil castellanos, una importantísima encomienda en el valle de Yucay y terrenos encima de la fortaleza del Cusco para que construyese su casa. Con esto abandonó Sayri la selva y se dirigió a Lima, donde le fueron ratificadas las propuestas, a condición de que se fuera a vivir al Cusco, y pudieran entrar frailes o clérigos a predicar en Vilcabamba.

Y tal como se le pidió, Sayri se integró en el nuevo virreinato. Una bula papal le había permitido casarse con su hermana Cusi Huarcay, quien apenas contaba diecisiete años; pero a cambio se le exigía a él y a su esposa un fuerte adoctrinamiento en la religión cristiana y, posteriormente, el bautismo a ambos. Por su gran fama y ejemplar vida, se eligió al agustino fray Juan de Vivero para realizar aquel cometido; y en efecto, el fraile debió de hacerlo con mucho éxito, porque a finales de 1558, el joven matrimonio estaba apto para recibir el bautismo de sus manos.

Ya cristiano, el joven Sayri Tupac quedó viviendo entre los españoles en su encomienda de Yucay, situada en el Valle Sagrado de los incas, muy cerca del río Urubamba. Parecía que así estaba resuelto el problema con los herederos del imperio del Tahuantinsuyo; mas a los tres años de su salida de Vilcabamba, el monarca murió, al parecer envenenado por el cacique principal del pueblo, Francisco Chilque, si bien no se pudo probar su culpa (Villanueva Urteaga, pág. 9: 1970).

Sayri Tupac hizo testamento y dejó por sucesor a su hermano Tupac Amaru, hijo legítimo de Manco Inca, como ya se dijo. Este príncipe radicaba en Vilcabamba y era de corta edad. Pese a ello, al llegar la noticia de

su muerte, el otro hijo bastardo, Tito Cusi Yupanqui, que al parecer contaba unos ventiséis años, se proclamó señor de aquellos territorios. A Tupac, con intención de desprestigiarle, llamó *uti*: bobo, y lo encerró en las casas de las mamaconas o vírgenes del Sol, para que estuviese al servicio del dios Punchao, el dios solar del comienzo del día.

Y si Sayri Tupac se mostró como todo un pacifista, en cambio Tito Cusi hizo gala de gran belicosidad desde los primeros momentos de su mandato. Continuamente preparaba excursiones a sus hombres, atacando de nuevo pueblos, ciudades y caminos. De esta forma consiguió dominar en poco tiempo muchas tierras, en las que producía maíz, cañagua, quinoa y bastante cantidad de coca en los valles calientes de Avisca y Muhina, desde donde era transportada al Cusco, Abancay, Andahuaylas y el Collao, lugares de buena demanda. Sin duda era rico.

Como es de suponer, la corona española, en su afán de terminar con tan molesta situación, nuevamente reinició negociaciones, bajo el mandato del gobernador Lope García de Castro, enviando al mensajero Rodríguez de Figueroa, quien encontró al Inca lujosamente ataviado. Tito las aceptó y nombró por apoderado de sus asuntos en el Cusco al cronista Juan de Betanzos, casado con su tía Cuxirimay Oollo.

Por entonces, 1565, corrió el rumor de que se proyectaba un levantamiento general en todos los Andes, en el que parecía se hallaba implicado el monarca vilcabambino. Se trataba de un movimiento surgido cerca de Guamanga o Ayacucho, en las márgenes del río Pampas. Llevaba por nombre Taqui Onko o Taqui Onkoy, que significa enfermedad del baile, aludiendo a las sacudidas o convulsiones sufridas por sus adeptos. Estaba encabezado por un indígena poco conocido hasta entonces: Juan Chocne o Chocno (José Antonio del Busto, pág. 379: 1978).

El movimiento preconizaba el culto a las huacas o divinidades locales, de raíces muy anteriores al gobierno incaico, y rechazaba todo contacto con la cultura europea. Dos centros espirituales andinos se tomaban como base: la huaca de Pachacamac en la costa y la de Titicaca en el altiplano, la antigua región denominada entre los incas Collasuyo. Sin embargo, a diferencia de éste, los sublevados en Vilcabamba admitían todo lo hispano que consideraban positivo para sus formas de vida, por lo que parece estar descartada la intervención de Tito Cusi.

Por suerte para los gobernantes españoles, lo descubrió el cura Luis Olivera, quien denunció que en la provincia de Parinacochas se había propagado una idolatría reveladora de la resurrección de las huacas, vencidas en 1532, en Cajamarca; de inmediato, la Iglesia envió al clérigo y presbítero Cristóbal de Albornoz a Guamanga, Arequipa y Cusco, quien halló gran cantidad de datos y testimonios que permitieron conocer a fondo la natu-

raleza del movimiento nativista; y consecuentemente, los reponsables fueron perseguidos, quedando ahogado aquel profundo intento de rebelión religiosa.

En cambio, el reino inca de Vilcabamba se hacía cada vez más fuerte, lo que desasosegaba a las autoridades hispanas, por el peligro que suponían los incontrolados ataques a viajeros y ciudades, en especial de la sierra. Una de ellos, el oidor Matienzo, deseando terminar de una vez para siempre con aquella situación, pidió al gobernador Lope García de Castro provisiones, mediante las cuales entre otras mercedes, se perdonase a Tito Cusi y a los suyos de los delitos que hubiesen cometido, y que se casase a su hijo Quispe Tito con doña Beatriz, la hija de Sayri Tupac y Cusi Huaracay, para que pasase a su poder la sabrosa encomienda de Yucay, heredada por ella, pero el gobernador envió todas las provisiones establecidas, excepto las del perdón.

Como respuesta, Tito mandó al Cusco a seis de sus capitanes con una carta por la cual invitaba a Matienzo a entrevistarse con él en el puente de Chuquisaca. El cabildo lo aprobó, y el oidor acudió con veinte acompañantes bien armados. Allí se volvieron a reafirmar los acuerdos, y se estipularon las capitulaciones de Acobamba, por las que el Inca sublevado se hacía vasallo del rey de España y aceptaba la presencia de un secretario o corregidor y de varios frailes para que predicaran la doctrina cristiana en Vilcabamba.

Sin embargo, tampoco entonces se avino a salir Tito, porque faltaba el perdón, y además sus capitanes no veían bien la cláusula por la que debían dejar libres a los indios capturados en los frecuentes saqueos de pueblos y ciudades, quienes se habían convertido en sus servidores, y para los que el rey ordenaba la libertad; pero, tal como se convino, sí accedió a la entrada de dos clérigos o frailes y de un corregidor español. Por lo tanto, en teoría ya había paz.

En un principio ningún religioso se atrevió a entrar. Después fray Antonio de Vera dio las aguas bautismales a Quispe Tito, el hijo heredero. Al poco tiempo, el mismo Tito Cusi pidió ser cristiano; por tal motivo, inquirió cuál era la orden de más prestigio en el Cusco, y quién podía ser la persona idónea que le adoctrinara. Le contestaron que la de San Agustín poseía la máxima autoridad, y su prior era el fraile de más prestigio. Según estas recomendaciones, el Inca escribió varias cartas al padre Vivero, quien había instruido a Sayri Tupac, y como el monarca dice en su *Instrucción*, «al ser tan honrado», se tomó el trabajo de ir a sus tierras.

Llevó Vivero consigo a otro religioso, fray Marcos García, y a dos civiles, Gonzalo Pérez de Vivero y a Atilano de Anaya, un comerciante cusqueño de gran prestigio, que poco después moriría en la propia Vilcabam-